



EL TREPANADOR DE CEREBROS

Sara Mesa

TROPO EDITORES

EL TREPANADOR DE CEREBROS

Sara Mesa



TROPO EDITORES

Los recuerdos del azar pueden ser un castigo. Lo que primero se ve, en retrospectiva, son los psicópatas, los feos, los rancos, los tacaños, los hipocóndricos, los pesados, los humanoides y los tiranos. Ésos tienen un poder de permanencia sorprendente.

SAÚL BELLOW, *El contacto Bella Rosa*

I

DOBLE BILLETE AL PARAÍSO

En el número 27 del Pobal, 3° izquierda, habitación del fondo, durante un intervalo aproximado de seis meses, se producen inquietantes reuniones nocturnas. Para los personajes que las protagonizan el día se resbala casi sin querer, únicamente expectante de la noche y de sus sombras. El día no es más que una espera, y está hecho de sábanas mojadas, de párpados entrecerrados y de ruidos amortiguados por el desánimo y la pesadez. Pero cae la tarde y nuestros personajes parecen renacer, redescubrirse y palpitar de otra forma distinta. Hablan, paladean las horas intocadas, discuten, se aman secretamente, dejan que sus respectivas soledades choquen entre sí como polillas atontadas por la luz.

Al principio solo son el Chamán, su chica Silvia y Edgardo Negroni. Mientras los dos hombres hablan, Silvia los escucha entretenida y escribe en el viejo portátil ideas, fragmentos sueltos, versos malos y sueños incumplidos. Poco después se suma a las tertulias una tal Rosanna, que el propio Negroni trae salida de dios sabe dónde, con sus poses de *femme fatale* y el rimel siempre corrido bajo los ojos. Edgardo Negroni pareciera pensar que la capacidad de la habitación no tiene fin: tras Rosanna, invita a las tertulias a los gemelos Capiscol, tan

risueños y divertidos que nadie podría atreverse a insinuar que sobran. Pronto son aceptados y Negroni se muestra satisfecho con este grupo que, de momento, no ampliará.

Demasiadas personas en tan poco espacio crean una especie de caldo de cultivo de ideas infructuosas, proyectos baldíos y conspiraciones incompletas y endeblés. Nuestros personajes se sumergen en una especie de alegría intrascendente y podría decirse que, al menos en los primeros tiempos, son felices, aunque cada uno a su manera.

En uno de aquellos días de septiembre, en un verano dilatado en el que las horas parecen alargarse de nuevo y las noches se inflaman de calor y mosquitos, el Chamán abre la boca y anuncia:

—Haremos una película, y se titulará *La nalga*.

Tras un breve silencio, todos aplauden entusiasmados y brindan por la nueva empresa. Una película y su título, anunciada de pronto entre botellines de cerveza vacíos y humos varios: a eso se reduce todo. Por supuesto, el Chamán elabora una teoría *ad hoc* sobre el sentido de la nalga. ¿Por qué la nalga, por qué ese título tan inquietante y sicalíptico? Lo importante, insiste el Chamán con el tono de una joven promesa en rueda de prensa, es el concepto de descontextualización. *DeS-con-teS-tua-lí-Sa-Sión*, pronuncia con su ese silbante, marcando cada sílaba con el dedo índice tiznado de tabaco. No hay que buscarle sentidos a la nalga; su sentido es la falta de sentido; su explicación radica justamente en su ausencia de explicación; su raíz no arraiga en parte alguna. Y así continúan hasta el infinito, en la espiral de la soledad, noche tras noche, en aquella pequeña habitación que el Chamán y Silvia han alquilado poco antes, en el número 27 del Pobal, sintiendo el tiempo pasar tras los cristales y creyendo que su peso se detiene ante ellos, sin tocarlos.

Desde el principio, desde mucho antes de entrar a saco en su vida, Silvia ha asociado al Chamán con la figura —o aún con más exactitud, con el gesto— que hay en una foto de Rubén Darío. En realidad, no hay ningún parecido entre el Chamán y Rubén Darío. Únicamente se trata de esa foto, una foto famosa que ella vio por primera vez en la portada de un libro de saldo. El nicaragüense apoya con delicadeza la barbilla sobre la palma de la mano y mira con ferocidad hacia la cámara. Esta discordancia entre el gesto elegante del poeta y su mirada ardiente es típicamente chamánica. Silvia no tiene interés por los versos esdrújulos y esteticistas, pero se lee el prólogo de Octavio Paz de cabo a rabo, buscando más datos de ese hombre —o quizá, más que del hombre en sí, de su sentido oculto, apenas entrevisto en la imagen.

«Las estrofas de Rubén Darío —dice Paz— son bloques de materia animada, vetada por delicadezas súbitas: la estría del relámpago sobre la piedra».

Algo más adelante, en otro libro, se entera de que Rubén Darío fue un experto en obituarios, un plañidero por encargo que trazaba elogios fúnebres a cualquier personaje con tal de cobrar su dinerito del periódico. En una ocasión, el poeta gastó en una juerga con sus amigos el pago por el obituario de un tipo moribundo que finalmente se recuperó, de modo que los encendidos lamentos de Darío cambiaron de sentido en unas horas, y pasó a entonar otros no menos encendidos deseando la muerte del mismo personaje al que antes tanto había llorado. Después de leer aquella anécdota, Silvia sabe que el Chamán podría ser capaz de todo, incluso de vender a su mismísima madre por una simple jícara de chocolate. Con todo, Silvia es tozuda y conservadora y no va a dejar de amarlo tan fácilmente.

Edgardo Negroni es un argentino de padre uruguayo y madre española que aterrizó en la ciudad un año atrás con unos ahorritos cuya importancia real el Chamán y Silvia desconocen. Sea cual sea esa cantidad, Edgardo Negroni gasta su dinero con magnificencia. Sin embargo, resulta extremadamente avaro en todo lo referente a su intimidad. Visita cada noche al Chamán y a Silvia; en los meses de apuros incluso les ayuda a pagar el alquiler; lleva las cervezas y el vino y algún que otro queso que comen a pedazos y sin pan, pero su paternalismo nunca alcanza para invitarlos a su propia casa. Se relaciona con muchísima gente —suele contar historias de personajes dispares, de mendigos y millonarios, de cajeras de supermercado y concejalas de ayuntamiento, de ancianos hospedados en asilos y de niños que aún gatean—, pero rara vez les presenta a nadie al Chamán o a Silvia. Según afirma, ocupa un ático del centro, muy pequeño, con cocina americana y un altillo para la cama; un pisito muy chic por el que debe de pagar una cantidad desorbitada. En realidad, nadie sabe con certeza dónde vive. El Chamán piensa que oculta datos de un pasado sombrío —en ciertos círculos se rumorea que pudo haber matado a un hombre no hace mucho— pero Silvia cree que simplemente es un tipo escurridizo al que no le interesa demasiado hablar de sí mismo.

Negroni conoce primero al Chamán, por puro azar, en una conferencia sobre religiones politeístas en el mundo occidental. El Chamán está recostado en la pared del fondo de la sala, decidiendo si quiere o no sentarse y participar. Edgardo Negroni se encuentra entre los ponentes, masticando caramelos —por entonces está tratando de dejar de fumar— y mirando a las estudiantes que toman nota con sus bolígrafos de

colores. Negroni expone alguna idea sobre mónadas místicas y el Chamán se acerca al final del acto, ocioso y visceral, a rebatirle. Siguen el debate en la cafetería de la universidad, después en La Parrapa, finalmente en uno de los pubs cetrios y corroídos de la zona, rodeados de cuarentones que salen de las oficinas a tomar copas para coger fuerzas antes de regresar a casa. Un par de días después, el Chamán le presenta a Silvia y le pide que les ayude a buscar piso. Él debe de conocer lugares buenos. Negroni parece conmovido con la pareja y se implica hasta las cejas en ayudarlos.

No obstante, la relación de Edgardo Negroni con la pareja es dispar y descompensada. En sus conversaciones con el Chamán resulta brillante, desmedido y simpático. Gesticula constantemente, se rasca una y otra vez la barba y la cabeza y profiere grandes voces cuando expresa de manera grandilocuente sus teorías sobre el pansexualismo irrefrenable de la sociedad contemporánea. Pero cuando habla con Silvia modula la voz, entorna los ojos y muestra más interés en escucharla que en vomitar todo su flujo inacabable de palabras. Edgardo Negroni pasa de la desmesura a la sutileza con la misma liviandad que el que cruza de acera en una calle. Aun sin reconocérselo, Silvia siente una profunda curiosidad por él.

Una vez que Negroni deja olvidada su cartera sobre la mesa, Silvia aprovecha para registrarle las tarjetas y los carnés. De este modo completa sus informaciones y descubre que su padre también se llama (o se llamó) Edgardo y que de él ha heredado su impecable calvicie y su poblada barba de profeta; que su madre es (o ha sido) una tal Lina y que es (o ha sido) rubia y delgada (conserva una foto en blanco y negro en la que ostenta una risa brillante de dientes caballunos); que ha nacido y vivido en Buenos Aires; que de profesión ha sido empresario, entomólogo y conductoanalista (Silvia no sabe muy bien

qué significa esto último, pero así viene indicado en un carné de Profesional del Conductoanálisis, expedido oficialmente con todos los sellos pertinentes); que está autorizado para conducir vehículos pesados; que está divorciado y que, si tiene hijos, no conserva sus fotos en la cartera; que posee al menos cuatro cuentas bancarias; que ha estado recientemente en un hotel de Lisboa (guarda la tarjeta del hotel con el número de la habitación, 311, para 2 personas); que su podólogo se llama Víctor Gómez y realiza tratamientos específicos y masajes (eso se indica también en la tarjeta); que es miembro de la Asociación para la Defensa de las Arañas Tejedoras, con sede en Chile; que es suscriptor de la revista *Grandes Inventos Inadvertidos de Ayer y de Hoy*, que se edita trimestralmente en Barcelona; que su compañía médica es Sedsalud y que ya dispone de la tarjeta oro para servicios especiales en la franja que va de los 45 a los 65 años.

Es Negroni quien muestra al Chamán y a Silvia el anuncio que los lleva hasta el número 27 del Pobal. Agita con entusiasmo la revista gratuita de una inmobiliaria (*TuKasaYa, el hogar de tus sueños*) y lo lee en voz alta, con aires de predicador televisivo:

«Alquilo habitación muy amplia en un precioso piso, muy luminoso. Absoluta disponibilidad de la cocina, totalmente equipada. Vistas espectaculares, ideal para parejas. Urge».

Como es habitual, la revista de *TuKasaYa* no incluye fotos, ni siquiera de la fachada, pero Negroni asegura que el departamento merece la pena. Silvia y el Chamán van a ver el piso —cogidos de la mano, las palmas sudorosas— y lo que

realmente encuentran es un tugurio reblandecido por la humedad, impregnado de hedor a coles hervidas y repleto de crujidos y de grietas. La habitación tiene solamente una cama con la colcha raída, una mesita endeble cubierta con un hule de flores, un sofá apollillado y sucio de dos plazas y dos sillitas vencidas. Está en el último piso del bloque y las vistas espectaculares se reducen al amplio panorama de un desolado polígono industrial. Los primeros días —y es solo el mes de abril— pasan tanto calor que tienen que dormir en el suelo y separados, palpitando bajo el techo caliente. Todavía no saben que esa será la forma acostumbrada de dormir en los días de bochorno.

Aquellos pisos fueron construidos varias décadas atrás, en los tiempos en los que la ciudad se dilató como una mancha de aceite, inmensa y sin propósito. Por aquellos entonces, el centro comenzó a quedarse despoblado, con todos sus edificios oficiales, sus hoteles y sus mansiones de la vieja clase media con posibles. La gente, en sucesivas rachas de oleadas, se fue trasladando a vivir a la periferia. A la marea de unos se le sumó la llegada de otros, inmigrantes con las manos encallecidas y la mirada huidiza y temerosa. En torno a la ciudad se fue formando un barrio más de esa enorme urbe paralela que une a las ciudades más grandes y pobladas, esa ciudad uniforme y marrón cuyos tentáculos crecen alrededor de las demás, esa ciudad inabarcable, transnacional, que alberga a más habitantes que ninguna y que no tiene nombre.

Y es allí, en aquella ciudad de barrios idénticos unos a otros, en aquel piso baldado y sucio y ruidoso del Pobal, en aquella habitación caldeada desde años atrás, es allí donde finalmente se quedan el Chamán y Silvia. Lo de los pisos compartidos es frecuente en la zona. Los precios se abaratan para los inquilinos y para los propietarios, explica la gestora de *TuKasaYa*

con una amplia sonrisa congelada. Así que en cada uno de los cuatro dormitorios, y en el salón —en el que también hay dos colchones tirados en el suelo— vive alguien distinto. Al igual que el Chamán y Silvia, otras dos parejas —una de ellas con un bebé—, un tipo solitario y harapiento, rubicundo y callado, y una familia de chinos —aproximadamente cuatro o cinco— que arman gran alboroto entre las seis y las ocho de la mañana y permanecen en silencio el resto del tiempo. El Chamán y Silvia comparten baño con la pareja del bebé, que parecen siempre tristes y enfermos. Establecen unos rígidos horarios para no molestarse, de modo que el acuerdo funciona bastante bien. Salvo alguna vez que encuentran pañales sucios por el suelo, es como si el baño fuese exclusivamente para ellos, lo cual —si se obvia la esporádica presencia de alguna cucaracha voladora— no deja de ser todo un lujo. Ellos ignoran cómo se reparten los demás el otro cuarto de baño, algo más grande, que está al final del pasillo, oscuro como una boca abierta. En cuanto a la cocina, es de uso común, pero el Chamán y Silvia prefieren utilizar su propia hornilla para calentar el café y alguna lata de legumbres, y el resto de las veces toman bocadillos. Como casi todos los inquilinos comen en sus habitaciones: el número 27 del Pobal es una mezcla de olores de comidas recién hechas y comidas podridas, de arroz chino y chistorra, de potajes y de leche en polvo. Los olores nunca desaparecen, sino que se superponen unos sobre otros, de modo que la nariz se satura y, al final, ya nada huele a nada.

Algunas noches los gemelos Capiscol también llevan a su hermana pequeña porque no tienen con quién dejarla. La pequeña Capiscola —una avispada niñuela de unos 6 años— se

sienta en una esquina, levanta el volante de su falda y se pasa la tela por el bigotillo mientras se chuperretea los dedos. Silvia se pregunta si estar allí es lo más adecuado para la criatura. Lo pregunta en voz alta, pero nadie le contesta, porque las conversaciones siempre están cruzadas y lo que prevalece es un rumor incomprensible. Da igual que las noches sean cada vez más frescas: en aquella habitación el calor se acrecienta cada día. Las cortinas inflamadas parecen respirar con la pesadez de un rumiante y el aire, tan enrarecido y caliente, podría fundirlos a todos en cualquier momento. Cuando está la pequeña Capiscola, son siete personitas completas las que se reúnen allí, cada una con su propio aparato respiratorio en funcionamiento. Silvia empieza a cansarse.

—Pero todavía —recuerda el Chamán—, todavía no estamos todos. Todavía tenemos que encontrar al enano.

La idea de meter a un enano en la película también es del Chamán y, como de costumbre, ha sido tan aplaudida como lo hubiese sido cualquier otra. El Chamán ostenta sobre el grupo un liderazgo inconsistente, pero aceptado sin matices por todos, incluido Negroni, que parece habérselo cedido gusto. Así que el Chamán habla y todos asienten. Cualquier idea propuesta por él pasa a ser la almendra del debate durante varias noches. Dirige al grupo con el mismo convencimiento del flautista de Hamelin y todos lo siguen como ratones ciegos e incautos, con sus alegres bastoncitos repiqueteando en el suelo. De este modo el enano, de un día para otro y sin mayores argumentos, se erige como protagonista de *La nalga*. Ninguno de los demás cuestionará en ningún momento que así sea; nadie se planteará un cambio o se preguntará siquiera por qué un enano y no un gigante o un perro o un chino o una gorda. Lo que en verdad importa es rellenar bien el tiempo, apretarlo de objetos y palabras hasta no dejar huecos. Para ellos, las

noches son como sacos casi interminables: el Chamán esparce sus inventos y ellos los acumulan sonrientes como hormigas que almacenaran provisiones para el invierno. El proyecto de la película es tan ambicioso e inconcreto que da para atiborrar varios sacos de ideas. El entusiasmo es común y los embarca a todos en una especie de exaltación febril, aunque bastaría con que el Chamán abandonase el proyecto y propusiera otro distinto para que todos olvidaran la nalga y el enano *per saecula saeculorum*.

El Chamán asegura estar trabajando día y noche en el guión, aunque nadie sabe muy bien en qué se basa ese trabajo. La mayoría de las veces Silvia tiene que dormir sola, hasta que con las primeras luces de la mañana lo siente entrar en la cama, pesado y oloroso. Día y noche dedicado a aquello, dice el Chamán, aunque esa dedicación consista únicamente en teorizar y en dejarse llevar por iluminaciones repentinas. ¡Un enano! ¡Un enano inteligente y bien dispuesto! Hay que encontrarlo. Aún no sabe dónde, pero hay que encontrarlo.

—Así incidiremos aún más en el concepto de arbitrariedad —explica el Chamán con su jerga hermética y sus enormes manos volteándose—. Prescindiremos del contexto referencial, de todos aquellos elementos con un alto grado de marcación semántica. Decidme... ¿acaso alguno de vosotros es capaz de enfrentarse a un enano con la mirada desamentizada? ¿Acaso alguno de vosotros puede contemplar a un enano sin la conciencia plena de todo su enanismo? ¿Podemos despojarnos de todos los pesados y apolillados ropajes de la semántica?

Todos niegan moviendo vigorosamente sus cabezas.

—Hay que situar los términos en mitad de la nada, en el vértice de atracción/repulsión de todos los significados posibles. Partiremos de una nalga tomada en sí misma, como elemento desnudo de seducción, con todas sus resonancias sartrianas.

—¿Sartreerianas? —pregunta Edgardo Negroni rascándose la barba.

—¡Por supuesto, he dicho sartreerianas! —improvisa el Chamán—. ¡No podemos prescindir de la relación semantizada de concomitancia fonética que se produce entre la nalga y la náusea! ¿Creéis que es fácil sustraernos a la influencia cultural, al peso histórico del canon? —todos niegan de nuevo—. El enano será el dispositivo más visible para ilustrar nuestros planteamientos conceptuales. Convivirá con una nalga con la misma naturalidad con la que cualquiera de nosotros debería convivir con un enano. Una nalga desvinculada de un cuerpo junto a un enano desvinculado de su corporeidad acondroplásica. ¡No digáis que no es fantástico!

Después Edgardo Negroni se enfrenta con él en una discusión sin descanso. Más hábil, más rápido, mejor dotado para las sutilezas, Edgardo siempre termina venciendo al Chamán, aunque el Chamán jamás se siente derrotado. Antes bien, todo finaliza con una leve sonrisa triunfante dibujándose en las comisuras de su boca, y en el apretón de manos final hay una conmiseración piadosa que Edgardo Negroni acepta benévolo y ligeramente divertido. Los demás, sentados en cualquier sitio, escuchan, asienten, niegan, se dividen y caen dormidos por turnos, alternativamente.

El último en apuntarse al plan de la película es Gómez Terrero, el oscuro. A ninguno de ellos le interesa demasiado este personaje, pero como es el entendido en engranajes técnicos tienen que plegarse a sus pies como perrillos. Cuando llegue el momento de rodar, Gómez Terrero será el único capaz de manejar con solvencia la cámara, el único que entienda de luces y de sonidos y de todas esas cuestiones que a los demás

se les escapan de su brillante intelecto. Lo presenta Edgardo Negroni, con la mano encima de su hombro, hablando de todas sus virtudes, de su talento desperdiciado, de su absoluta disponibilidad y generosidad y de sus inmejorables contactos: con él tendremos las puertas abiertas hasta para grabar en el cuarto de baño del alcalde, brama con su invariable risa estrepitosa. Gómez Terrero —menguado, moreno, ralo— sonríe mirando hacia abajo y mueve su cabecita grasienta con asentimientos de gallinácea. El Chamán le da un abrazo fraternal, una cerveza fría y un discurso vehemente. No tiene talento —le dice a Silvia cuando al fin se ha marchado y la pareja se acuesta sobre el suelo—, pero nos es imprescindible como carburante. *Pura practicidad, línea sin flecos, laberinto soluble...* el Chamán ensaya denominaciones que le resulten ingeniosas.

En realidad, comenta Silvia, no parece que Gómez Terrero confíe en sus proyectos. Les dijo sí por decir, por salir él mismo de sus rutinillas de funcionario, por puritito aburrimiento, murmura adormilada. Para él, ellos deben de ser como juguetes de un día, marionetillas, un pasarratos más de su vida anodina y mediocre. Hoy digo sí y mañana ya veremos.

Silvia tampoco ha dejado pasar por alto las miradas de Gómez Terrero hacia Rosanna. Seguro que es por ella —o mejor dicho, por su culito insolente, matiza— por lo que se va a arrimar allí todo lo que pueda. Dios, esto se nos está llenando demasiado pronto de demasiada gente, concluye. Y después, mientras el Chamán, pensativo, le pasa lentamente las uñas por la espalda, Silvia se duerme.

El Chamán, haciendo honor a su apodo, suele cruzar las piernas sobre la cama y fumar un cigarro tras otro; Edgardo Negroni permanece de pie, andando de arriba abajo y de

abajo arriba, con su risa estruendosa que traspasa las paredes; los Capiscol se sientan en el suelo, uno pegado al otro, como un increíble ser bicéfalo, y Rosanna adopta sus aires de diva y luce su piel dorada con minifaldas y escotes y todo aquello que le viene en gana; se pasea por delante de los ojos de todos, y sobre todo por delante de los ojos del Chamán, y Silvia se siente hervir y bullir y estallar.

La suciedad y el desorden comienzan a hacer mella en su paciencia. Sobre la colcha, en la mesilla de noche y en el sofá, se ha instalado una capa permanente de ceniza y de polvo, y pedazos de bocadillos, colillas y apuntes arrugados se acumulan por todas las esquinas. Sí, piensa ella, hablemos de descontextualizaciones semánticas, cinematográficas, pragmáticas, góticas y estúpidas; hablemos de nalgas y de náuseas y de permisos de rodajes y de alquiler de cámaras; hablemos de corporeidad y de fonética; hablemos de todo lo que ustedes quieran, pero por dios, hablemos en otro lado.

Una vez alguien derrama un vaso de cerveza sobre el teclado del portátil. Ese día Silvia estalla. Ok, el enano será todo lo fundamental que ellos quieran, y la nalga será el Concepto Absoluto, liberado del Elástico-Corsé-de-la-Semántica, pero ahora lo más importante es encontrar un sitio mejor donde reunirse. ¿No se dan cuenta de que allí ya no caben?, grita. Los Capiscol, dándose por aludidos, miran hacia otro lado; Edgardo Negroni, en cambio, la mira fijamente; Gómez Terrero se aleja a la ventana mostrando su espalda arqueada y acechante, Rosanna esboza una sonrisa maligna y la pequeña Capiscola lloriquea de cansancio. Esa noche el Chamán no se acuesta con Silvia ni siquiera un par de horas. Le dice, con aires de autosuficiencia, que así tendrá más espacio en la cama para expandir un poquito su escasa masa cerebral. Pero esto a Silvia no le hace mella. El desdén del Chamán funciona como

estímulo. Un insulto vertido en su justo momento tiene el efecto bullicioso de un medicamento efervescente. El corazón de Silvia burbujea, satisfecho de instalarse en su propio dolor.

La cuestión que centra ahora las reuniones es la búsqueda del enano. El Chamán asegura que no debe de ser difícil encontrarlo.

—Cuando veamos a alguno, se lo decimos. Este tipo de gente está acostumbrada a que nadie los mire de frente. Cualquiera de ellos estará encantado de venir aquí y sentarse de igual a igual entre los Capiscol, como uno más de nosotros.

—No es tan sencillo —dice Gómez Terrero, mirando hacia el vacío—. Pueden pasar semanas antes de que encontremos a un enano. ¿O crees que están esperando en cada esquina a que nosotros pasemos para rescatarlos?

Los hermanos Capiscol se muestran de acuerdo y dicen que, de cualquier modo, uno no puede abordar al primer enano que pase por la calle y proponerle el plan de la película a bocajarro. El enano podría ofenderse, pensar que intentan recuperar la época de los bufones y de las gracietas de feria. Habría que tener un poco más de sensibilidad, algo de tacto, defienden al unísono. Todos asienten menos el Chamán, que permanece enfurruñado y mira hacia la colcha como si estuviese tratando de memorizar su estampado de rosas en flor. Entonces Rosanna —que saca morritos y pestaña cada vez que habla— propone investigar en una asociación de acondroplasia.

—¿Acondroqué? —pregunta Silvia desdeñosa.

—Oh, Silvia, acondroplasia —contesta el Chamán—. Voy a tener que regalarte un diccionario Sopena para que amplíes tu vocabulario.

Se decide que el Chamán y Rosanna vayan una tarde a una de aquellas asociaciones y expongan con toda franqueza sus planes. Los elegidos se miran sonrientes y palmotean de puro alegre. Pero después, cuando se quedan solos, Silvia frunce el ceño y le da la espalda al Chamán. Él parece no darse cuenta y sigue hablando con su torrente habitual. Se tumba sobre la cama y fuma contemplando el techo, mientras Silvia teclea en el portátil palabras sin sentido para no pensar demasiado en otras cosas. Al día siguiente, Rosanna pasa a recoger al Chamán y Silvia los ve alejarse desde la ventana, dos figuras empequeñeciéndose al ritmo de su creciente inquietud. El Chamán regresa al caer la tarde, a la hora de los vencejos, con las manos vacías y el rabo entre las piernas. A Silvia le basta con ver su rostro compungido para caer en una especie de alegría liviana e inconsistente. El Chamán no le cuenta gran cosa; simplemente le dice que la excursión no ha servido para nada. Silvia se imagina a Rosanna, con sus aires de Betty Boop caduca y su rimel corrido, gesticulando ante la presidenta de la organización, una enana dolida y escarmentada de tanto amar en vano; se imagina también al Chamán, apoyado en una columna, las manos en los bolsillos, deseando que acabe la conversación para salir a fumar, deseando agarrar a un enano cualquiera por los pelos y proponerle el plan sin más preámbulos y sin más miramientos.

—Ya os dije yo que la mejor manera es pillar a uno por la calle y punto. No podemos ir pregonando la descontextualización de los elementos y luego ir a buscar a un enano en su contexto —dice el Chamán aquella noche.

Edgardo Negroni se queda pensativo y finalmente le da la razón. En una asociación como aquella no les van a entender nunca, afirma. Nunca fue una buena idea ir allí, añade Gómez Terrero mirando al infinito. Rosanna se enfada y se

marcha dando un portazo. Todavía se escuchan sus taconcitos por la escalera cuando uno de los Capiscol asoma la cabeza por la puerta para llamarla. Pero ella no regresa durante varios días, y Silvia vuelve a tararear canciones por las mañanas y a escribir textos limpios.

Una noche el Chamán llega a casa excitado e inquieto: ha visto a un enano estupendo en el cine, menos de un metro, les dice; lo ha seguido pensando en el modo de abordarlo hasta que lo ha visto entrar, a oscuras y cabizbajo, en un bloque altísimo de pisos. Viene con la calle y el número apuntados en un papel y con la determinación de regresar allí al día siguiente. Aquella vez Silvia propone acompañarle, pero él se niega obstinadamente. Asegura que puede ser peligroso: el tipo está fuerte, tiene un par de tatuajes. Será mejor que vayan con él los hermanos Capiscol, que son altos y afables, o Gómez Terrero, que puede adobar el relato con algún tecnicismo y que con su apariencia de burócrata asentado dará un aspecto más serio al proyecto. Tonterías, dice Silvia, no iremos a tener ahora miedo de un enano.

—Dejá que la chica vaya contigo, che —brama Edgardo Negroni—. ¿No sabés que las mujeres tienen imanes en los ojos?

Finalmente van juntos, pero el Chamán se pasa todo el camino refunfuñando. El enano vive en una callejuela húmeda y ruinoso del distrito norte, un lugar bastante alejado del Pobal. Para llegar allí, tienen que tomar dos autobuses atestados y malolientes. Durante todo el trayecto, el Chamán mira a través de la ventanilla con aire ausente. Pasan por barrios destartalados de bloques marrones y verdes idénticos al suyo, toman un desvío colindante con la autovía y cercano a

la cárcel, atraviesan un parque solitario donde unos chiquillos juegan al fútbol en un campo embarrado. Hace más de dos meses que no llueve y todas las calles ostentan una suciedad polvorienta y opaca. Mientras tanto, Silvia mira al Chamán y piensa en Rubén Darío *y en las vetas de sus delicadezas súbitas* que se alojan bajo su piel curtida. Lo mira respirar agitadamente, agarrado a la barra del bus, su pecho que sube y baja con rítmicos estremecimientos, y se olvida por completo de adónde están yendo. Pero al bajar del autobús, al encontrarse en aquel barrio tan lejano y desconocido, recupera la realidad, frunce el ceño y le pregunta en qué maldito cine estuvo la noche antes. Por allí no hay cines, que ella sepa. ¿Tanto anduvieron los dos, uno detrás del otro? El Chamán no responde. Se limita a señalar con la cabeza la calle que están buscando y ambos se dirigen hacia allí sin gran convencimiento.

El edificio es, tal como lo había descrito el Chamán, muy alto. Se paran frente a él y cuentan doce plantas. Es además viejo e inabarcable. Sin saber muy bien para qué, inspeccionan los buzones del portal hasta que ven llegar a una vecina que baja con el carro de la compra, haciendo increíbles esfuerzos para moverlo por la escalera. Al ver que la están observando, la mujer se queja del ascensor estropeado.

—Llevamos así toda la semana. Y yo vivo en el octavo, y tengo ya sesenta y siete años. Y nadie hace nada por mí, nadie...

Les habla de su marido, que siempre está borracho, y de sus hijos, que no van a verla, de sus nueras, que solo piensan en comprarse trapitos, de sus nietos, que están tan malcriados, y mientras les habla se le van encendiendo los ojos y le bailan, a un lado y a otro, los lóbulos de las orejas, enormes y amenazantes. Cuando se han cansado de escucharla, Silvia le pregunta por un hombre bajito, ¿sabe ella dónde vive un hombre bajito,

muy bajito? La mujer frunce las cejas y los mira desconfiada. Hay un rumor de moscas suspendido. El Chamán pregunta directamente por el enano. ¿Tal vez sabe si vive un enano en aquel bloque, un hombre enano, muy enano? La mujer los inspecciona de arriba abajo, permanece unos segundos en silencio y finalmente musita algo sobre el cuarto derecha.

Por la escalera encuentran a un anciano con un collarín sentado en un peldaño, que se balancea acompasadamente. Parece haber estado llorando y tiene las cuencas de los ojos tan hundidas, y su nariz y sus pómulos son tan afilados, que a Silvia le recuerda a un cóndor al borde del abismo. Silvia le dice algo al Chamán, pero él está callado y tenso, ajeno a todo lo que no sea la puerta del cuarto derecha. El bloque está oscuro y no encuentran las luces. Silvia no está tranquila. Tiene la sensación de que en cualquier esquina puede haber otro hombre sentado que llora, o una mujer cargando con bolsas, o un niño agazapado, o una rata. Finalmente encuentran la puerta y llaman al timbre. El agujero de la mirilla se oscurece y casi pueden oírse unos latidos detrás. Amortiguados, se escuchan también los golpecitos secos que el anciano está dando un poco más allá con los zapatos en el suelo, como picotazos sombríos. Y después, un enano indignado abre la puerta. Es extremadamente bajito, con la cabeza pequeña y arrugada, proporcionada al tamaño de su cuerpo, y un rostro extrañamente infantil y viejo al mismo tiempo. El enano mira primero a Silvia y luego mira al Chamán, dilatando sus pupilas como si lo reconociera. Entonces abre su boca rugosa y encogida, grazna algún insulto incomprensible y se abalanza hacia el Chamán, amenazándole si se atreve volver a proponerle más peliculitas y chistes. Ambos se enzarzan en un forcejeo descompensado y ridículo, aunque el enano parece poseedor de una agresividad inusual. Cuando el Chamán consigue desasirse de él, agarra a Silvia del

brazo y bajan la escalera precipitadamente, sorteando al anciano que se ha levantado sosteniéndose el collarín con ambas manos. Detrás quedan las voces indignadas de dos o tres personas que han abierto sus puertas y que profieren maldiciones sin destino.

—No podemos fiarnos de ti —le dice Silvia al Chamán en el camino de vuelta—. Tú ya habías hablado antes con ese enano. No vale que actúes por tu cuenta cuando y como tú quieras.

—Yo voy por libre, Silvia —le contesta él tajante—. A estas alturas ya deberías saberlo.

Pero después baja los ojos avergonzado y se agarra a sí mismo con sus brazos largos y flacos.

El segundo candidato lo proponen los hermanos Capiscol. Lo han localizado cuando recogían a su hermana del colegio. Al parecer, la hija del enano está en la misma clase que la pequeña Capiscola. Todo un padrazo, dicen. El Chamán pregunta, con un temblor morbosos, si la niña también es enana. Silvia le da una patada bajo la mesa y el cenicero se vuelca una vez más sobre la alfombra. Silvia pierde los nervios y dice que ya empieza a estar cansada de todo aquello, de los días sin chicha, del dinero que se les está escurriendo poco a poco, y de ver al Chamán siempre tirado sobre la cama con los zapatos puestos teorizando sobre sandeces que solo él entiende. Maldice la ceniza, la alfombra y la obsesión por los enanos. Pero los demás siguen la conversación como si no la oyeran, inalterables.

No, la niña no es enana, dicen los Capiscol. Pero el padre sí, absolutamente enano, de los de cabeza grande y cuerpo recortado. ¿Cómo se comportan los demás niños al verlo?, pregunta Edgardo Negroni acercándose mucho. Los Capiscol

aseguran que parecen no darle ninguna importancia. Pasan por su lado con toda naturalidad; deben de estar acostumbrados a verlo cada día.

—¡Ese es el efecto! —exclama el Chamán—. La no conciencia del enanismo. La desementización absoluta de su cuerpo. Fabuloso.

Tal vez para tranquilizar los ánimos, se acuerda que Silvia vaya con los hermanos Capiscol a hablar con el enano. Hay además otra razón: los Capiscol son tan altos que pueden intimidarlo; ella aportará un poco más de perspectiva al asunto. Ahora es Rosanna la que se cabrea y los acusa a todos de estar dándole de lado, los califica de dogmáticos y predice que, al fin y al cabo, la película va a quedar en nada. Los Capiscol intentan consolarla, pero es en vano. Rosanna se les va y no será Silvia la que más lo lamente.

El enano de los hermanos Capiscol resulta estar profundamente interesado en el séptimo arte. Es un apasionado del cine alemán y sueña con todas las mujeres de Fassbinder. Agitando su cabezota rubia, les habla de la película de Herzog, y Silvia y los gemelos fingen conocerla, mostrando un entusiasmo compartido. Nunca le habían propuesto un papel como actor, dice, qué maravilla, sois estupendos. Tiene la piel muy blanca, ligeramente enrojecida, sin asomo de barba. Sobre la frente le cruzan dos arrugas profundas, fruto del pensamiento y la vida interior. A pesar de su deformidad, es un enano sumamente atractivo, de ojos suaves y brazos vigorosos. Todo él parece estar sacudido por una corriente de fervor fanático y apresurado. Así que de inmediato los conduce a su casa en su berlina adaptada, sin dejar de parlotear todo el camino.

La vivienda es una encantadora casita adosada, en un barrio tranquilo lleno de naranjos y de placitas con columpios. La casa está forrada de libros, de retratos, de candelabros y velas y lamparitas. En el salón en sombras suena apacible una pieza de Bach. Silvia se fija en dos fotografías enmarcadas: una de Lucía Zárate; la otra de los siete hermanos Owith; todos tan pequeños como el propio dueño de la casa. Hay algo extraño, algo tal vez demasiado limpio allí. La mujer del enano, que los recibe sonriente y con las manos enharinadas, es bajita, pero con todo le saca un buen palmo de altura a su marido. Y no se parece a ninguna mujer de Fassbinder; más bien al revés, se distancia tanto de ellas como lo haría un nórdico de un chino. Es morena y velluda y, aunque quizá le sobran varios kilos, luce una figura envidiable. La mujer pone una cafetera al fuego, la niña —rubiascona, sorprendentemente parecida a su padre y en nada a su madre— esparce las piezas de un puzzle por la alfombra, y Silvia y los gemelos se sientan a contarle al enano el proyecto de *La nalga*. Los hermanos Capiscol se alternan para teorizar sobre desemantizaciones y descontextualizaciones, tomando palabras del Chamán, y Silvia improvisa sobre los personajes para que el enano no se les pierda demasiado. La escena es familiar y confortable, pero ellos se sienten como si se hubieran metido de pronto en otro mundo, de reglas tan ajenas como impenetrables. Entonces, a la mitad del discurso, el enano levanta una mano y pide un inciso. Cuánto. Cuánto qué, dicen ellos. Cuánto me pagaréis. Los Capiscol y Silvia se miran desconcertados, alguien balbucea que nada, que aquello es un proyecto desinteresado; otro dice que no lo saben aún, que más bien es una inversión a largo plazo; en cualquier caso todo se resolverá de manera satisfactoria, concluyen los tres al unísono. El enano se levanta, les da la mano —los hermanos Capiscol, tan altos, tienen que agacharse—, y los conduce a la

puerta con palabras amables pero frías. La niña continúa con su puzzle sin levantar la cabecita, la mujer anti-Fassbinder los mira desde la puerta de la cocina sin alterar su sonrisa y el órgano de Bach prosigue inmutable tejiendo el paraíso. Silvia y los Capiscol se marchan sin ni siquiera llegar a probar aquel café que olía tan maravillosamente bien y cálido.

Lo realmente curioso es que, a los pocos días de aquel episodio, Gómez Terrero también plantea la posibilidad de cobrar algún adelanto. Mirando sobre las cabezas de todos, con su habitual mueca despectiva, dice de pronto:

—Chicos, al fin y al cabo sin mí no podríais ni empezar. ¿Pensáis que los papeleos no cuestan dinero ni tiempo? Eh... os pasáis todo el día tumbados ahí, especulando con un puñadito de ideas sin sentido. Me parece bien que discutáis de temas y que se os vayan los días buscando al maldito enano, pero chicos, sabedlo, con eso no basta. Hay que ir pidiendo ya los permisos de rodaje, hay que solicitar a las productoras la cámara y enterarse de las tarifas de los estudios de grabación, hay que presentar el proyecto a multitud de sitios a ver dónde conseguimos subvenciones, hay que hacer todas esas cosas y muchas más cosas todavía. Y ya vamos tarde. Y mientras tanto, ¿qué hacéis vosotros? Hablar y hablar toda la noche, beber y fumar como cerdos, levantaros tarde y lavaros los pies solamente una vez por semana... Chicos, por favor —dice alzando y bajando una mano varias veces—, yo os hacía más inteligentes y más serios...

Edgardo Negroni lo mira con gesto grave y después empieza a negar con la cabeza mostrando una decepción exagerada, casi teatral. Los hermanos Capiscol, desgarrados e ingenuos, se miran el uno al otro con cara de sorpresa. Rosanna, que ya

se ha reincorporado a las tertulias, suelta una carcajada en una esquina y dice que se va a dar una vueltita, llevándose a la pequeña Capiscola de la mano. Silvia comienza a protestar, dice algo así como que es injusto que les hable de aquella manera, que nadie es juez de nadie, que ya no son tan críos —y mira, cuando lo dice, al gran Edgardo Negroni— y alguna otra cosa más balbuciente e insegura. Pero el Chamán la interrumpe alzando su voz tormentosa:

—Nosotros no queremos subvenciones. No necesitamos a nadie que nos limite con su inversioncita de mierda. No queremos fotitos con nadie, no queremos agradecerle nada a nadie. Así que ese trámite te lo puedes ahorrar. De hecho te lo puedes ahorrar todo, si quieres...

—Pará, pará un momento... ehhtee... podemos pagarte algo, claro... —dice Edgardo Negroni haciendo una seña al Chamán para que se calle—. Dejanos ver cuánto podemos conseguir.

Aquella noche, cuando Gómez Terrero ya se ha marchado, Edgardo Negroni les dice que no pueden permitirse enemistarse con él. Les guste o no, necesitan su racionalidad egoísta. Si le dan algo de plata, tarde o temprano la recuperarán, les asegura. La película va a ser un éxito, dice con firmeza. ¿Acaso no tienen ellos dos algo de plata ahorrada? Sí, dice la pareja, claro que tienen un poco de dinero, pero se les está agotando más rápido de lo que habían previsto. Todavía no hemos empezado a buscar trabajo en serio, y miedo nos da intentarlo, se quejan. Bien, dice Edgardo Negroni, justamente este tipo podrá ayudaros en su momento a encontrar un laburo. No imagináis la cantidad de contactos que tiene y la de hilos que maneja, les explica. Les habla de que tiene a sus dos hijas y a los novios y a las amigas y los amigos de las hijas enchufados por todos lados, en una red de cables que conecta a varias

empresas entre sí. Maneja la Hermandad de los Caídos, el gran Casino y dos inmobiliarias de las grandes. Tiene mucho poder en esta ciudad, es un gran negociante, concluye. Silvia se queda pensativa y mira por la ventana los camiones que salen con sus primeras cargas del polígono industrial. Está lloviendo muy finamente, pero en el aire persiste la sensación de suciedad y de grasa. Uno de los camiones maniobra frente a una enorme nave de materiales de obra —Construcciones Gálvez, un clásico del paisaje—. El polvo de los ladrillos y de las baldosas está formando una bruma propia de una película de ciencia ficción, y el camión parece, él mismo, un engendro científico que de un momento a otro pudiera alzarse y desplegar sus patas como un escarabajo de hierro gigantesco. Silvia se vuelve y dice sí. El Chamán balbucea... ¿realmente es necesario que ellos contribuyan?

—Che, alguna vez tenés que pagar algo vos —le reprocha Edgardo Negroni.

Finalmente, llegan a un acuerdo para pagarle el anticipo a Gómez Terrero: un tercio del dinero lo pondrán Silvia y el Chamán, y Edgardo Negroni pondrá los otros dos tercios del montante. Los hermanos Capiscol, de momento y por decisión expresa de Edgardo Negroni, quedan exentos del pago, hasta la llegada de tiempos mejores. ¿Y Rosanna?, pregunta Silvia. ¿Ella no colabora? Edgardo Negroni augura que Rosanna no tardará mucho en abandonarlos del todo y lo dice con tal indiferencia que Silvia siente una súbita simpatía por el argentino, al tiempo que se da cuenta de que él controla y sabe más de lo que dice. En efecto, Edgardo Negroni no se equivoca y Rosanna termina dejándolos definitivamente y sin más explicaciones dos o tres días después de aquella noche.

Lisardo, el enano final, se presenta directamente ante la puerta del n° 27, 3° izquierda, del Pobal. El Chamán ha salido a comprar algo de comida y Silvia, que acaba de tomar una ducha, tiene la cara embadurnada de cremas. Cuando abre la puerta se encuentra con un enano que la mira a través de sus lentes de miope cabalgante; un enano moreno, con el pelo mojado y repeinado, achaparrado y muy bien vestido con un traje de lino quizá algo fresco ya para la época. Es Lisardo y viene acompañado de la chica de la habitación de al lado, que lleva a su bebé encajado en la cadera.

—Creo que este tipo os viene buscando —dice ella mascando chicle. Tiene ojeras. Silvia ha cogido por su cuenta un poco de su perfume y ella olfatea despectiva.

El enano se presenta:

—Mi nombre es Lisardo. Venimos por lo de la película.

—Bueno, ahí te lo dejo —musita la vecina con cansancio—. Ten cuidado, no vaya a abusar de ti. Dicen que estos tipos son de lo más potentes.

—No te preocupes —le dice Lisardo cuando ella se ha marchado—. Estamos acostumbrados a que la gente nos trate así. Son 37 años de enanismo. Vivimos entre sombras. Ya no nos defendemos. Nuestro cuerpo es pequeño, pero nuestra desilusión es grande.

Silvia, extrañada, le dice al enano que pase a la habitación, pero él mira al interior por encima de su hombro, mira la cama deshecha y las prendas por el suelo, mira la piel brillante y húmeda de Silvia, su pelo goteante y oloroso, y renuncia a entrar. A través de las gruesas lentes de sus gafas de pasta —unos cristales translúcidos y estriados— se le adivina una mirada melancólica:

—Simplemente dile al Chamán que al fin vinimos. De momento, nos bastará con esto. Volveré esta noche.

Cuando el Chamán regresa, Silvia le cuenta la escena atropelladamente. Le dice que ha llegado un enano que habla con frases cortas y contundentes, un lenguaje mecánico, robotizado. Está desconcertada, ignora por qué el enano mezcla indiscriminadamente la primera persona del singular y la del plural, como si por su boca hablase todo un grupo aparte, una especie distinta cuya soledad y dolor el resto de los mortales jamás comprendería, expresa conmovida.

—¿Cómo es que él ya te conoce y sabe todo el rollo de la película? —pregunta de pronto.

—Compré su alma en eBay —dice el Chamán con tranquilidad mientras coloca la compra en la neverita—. Por eso me conoce. Y por eso habla de un *nosotros* que también me engloba a mí. Así que, por favor, no digas más sandeces sobre especies aparte y doloridas. Ya sabes que detesto la compasión medioburguesa.

—¿Compraste su alma en eBay? —repite Silvia gritando—. ¿Qué significa eso?

El Chamán promete que lo explicará todo por la noche, cuando Lisardo también esté presente. Silvia quiere entender y sigue preguntando, pero el Chamán se obstina en el silencio. Dan vueltas uno detrás del otro por la habitación sucia y desordenada. El Chamán se tira sobre la cama, se tapa los oídos y le pide por su madre que se calle de una maldita vez. Sin embargo, cuando Silvia menciona las gafas de sapito de Lisardo, el Chamán se incorpora indignado y recorre la habitación levantando los brazos con grandes aspavientos.

—¡Él no me dijo nada de sus gafas! ¡Eso no estaba previsto en el trato! ¿Cómo vamos a desemantizar ahora simultáneamente a un enano y a un topo cegato?

Esa noche todos esperan con impaciencia la llegada de Lisardo. Gómez Terrero parece enfadado; mira por la ventana las luces que parpadean en los edificios, el neón de Construcciones Gálvez en el polígono, la ciudad recortada en el horizonte, y fuma en silencio rascándose la piel aceitosa y descamada de la nuca. Mientras tanto, los Capiscol mantienen una conversación entrecortada en la que trazan planes para conseguir dinero fácil de manera segura. Tienen que disimular cuando la pequeña Capiscola se acerca, apática y cansada, a preguntarles por qué no se marchan ya a casa, y eso les hace repetir una y otra vez las mismas frases, alargando sus razonamientos hasta volverlos del todo incomprensibles. El Chamán y Edgardo Negroni hablan sobre el suicidio. Edgardo Negroni asegura que se matará en cuanto termine de escribir su Gran Obra; en ese momento el mundo dejará de tener sentido para él; el Chamán afirma que entonces nunca acabará su libro, será una obra inconclusa, infinita, siempre en proceso, una obra continua y desmedida, más inmortal que los deseos de su propio autor. Silvia los escucha mientras finge leer una revista de moda que robó el día anterior en la peluquería. Es noviembre, pero dentro de la habitación sigue haciendo un calor pegajoso e infame.

Cuando llaman a la puerta, Silvia se desliza por el pasillo en sombras para abrir. Acompaña a Lisardo hasta la habitación y puede ver que lleva el mismo traje de lino de la mañana, ajustado a la perfección a su pequeña espalda curvada, y unas zapatillas de cordones que chirrían al andar. Lisardo camina apoyándose en un bastón negro de madera que se remata con una bola intachablemente pulida. Su manita empuña el bastón con un desvalido aire de emperador, y Silvia lo mira avanzar por el pasillo con desasosiego. Al entrar en la habitación, el Chamán se acerca y observa a Lisardo de arriba abajo. Mira sobre todo sus gafas y lo hace girar para

contemplar mejor el perfil de las dioptrías en los cristales. Tras un breve silencio expectante, el Chamán lo abraza apasionadamente. Todos aplauden y ríen y poco les falta para coger en brazos a Lisardo y echarlo por los aires como si fuese un juguete. La pequeña Capiscola se acerca con cautela, alarga una mano y roza su bastón. Lisardo, satisfecho, le da la mano y guiña los ojos alternativamente. Luego todos se sientan formando un semicírculo en torno al Chamán para que les cuente la historia prometida. Mientras el Chamán habla, Lisardo asiente a cada palabra con aprobación y sonríe al pequeño auditorio.

—Tuve un pálpito —empieza el Chamán—; no puede hablarse simplemente de buena suerte. Entonces el Chamán explica sus teorías sobre el advenimiento del ente deseado cuando el deseo se focaliza y se dirige al punto vital, al verdadero centro. Si el deseo está disperso carece de fuerza. Cuando el deseo se concentra, en cambio, genera una potencia invasiva que termina modificando la realidad e incluso puede conducir a que el ente deseado modifique su trayectoria para encontrarse con el ente deseante...

—Eh, Chamán —brama Edgardo Negroni señalando a la pequeña Capiscola, que se chupa los dedos con los ojos entrecerrados—. Hacé el favor de centrarte en la plática, que la nena se nos durmió de aburrimiento.

El Chamán hace caso omiso y sigue perdiéndose en digresiones. Después de varios rodeos autocomplacientes, cuenta que un día, que entró en un ciber a buscar enanos por internet, dio con un anuncio de eBay en el que se decía lo siguiente (saca de su bolsillo un papel doblado en cuatro, lo despliega y muestra la impresión del anuncio):

«VENDO ALMA

»ALMA COMPLETA EN CUERPO DE ENANO

»PRECIO: 45,99 euros

»GASTOS DE ENVÍO: 0,20 euros

»Cartas nacionales hasta 20 gramos

»REALIZA ENVÍOS A: Europa

»UBICACIÓN DEL ARTÍCULO: etéreo

»HISTORIAL: 6 pujas

»ÚLTIMO PUJADOR: elfriede666 (9)

»Enviar por correo electrónico a un amigo

»DETALLES DE ANUNCIO Y PAGO: mostrar

»CONOCE AL VENDEDOR

»VENDEDOR: el_conde_sisebuto (0)

»USUARIO: hace 7 días. Registrado como vendedor privado

»Ver comentarios detallados

»Añadir a vendedores favoritos

»Ver otros artículos del vendedor

»Envía un correo electrónico al vendedor

»DESCRIPCIÓN: El vendedor asume toda la responsabilidad por la publicación de este anuncio.

»VENDO MI ALMA. YA NO LA NECESITO. AUNQUE SIEMPRE HE CREÍDO PROFUNDAMENTE EN DIOS, SÉ QUE DIOS NO HA CREÍDO NUNCA EN MÍ.

»SI USTEDES CONOCEN LA LEYENDA DE LISARDO, SABRÁN QUE ESTOY CONDENADO A VER MI PROPIO ENTIERRO, DE LO CUAL SE DEDUCE QUE NO IRÉ AL CIELO ¿PARA QUÉ QUIERO ENTONCES MI ALMA?

»EN CAMBIO A TI, POSIBLE COMPRADOR, PUEDE SERTE ÚTIL. PUEDES USARLA PARA DISPONER DE MI TIEMPO, TENDRÁS DOBLE BILLETE AL PARAÍSO, PUEDES INVESTIGAR CON ELLA O SIMPLEMENTE JUGAR CON SU INCONSISTENCIA VAPOROSA.

»AUNQUE EL ALMA PERTENEZCA A UN ENANO, DADA SU NATURALEZA INMATERIAL, SU TAMAÑO ES EXACTAMENTE EL MISMO QUE EL DE LA DE UN JUGADOR DE BALONCESTO.

»PERDONARÁN QUE NO INCLUYA NINGUNA FOTO. MI ALMA NO ES SENSIBLE AL OBJETIVO DE UNA CÁMARA. TAMPOCO ACEPTO DEVOLUCIONES. UNA VEZ QUE UNO VENDE SU ALMA, ES PARA SIEMPRE».

El anuncio pasa de mano en mano y uno de los gemelos pregunta cuántas pujas se alcanzaron al final.

—Diecisiete —contesta Lisardo orgulloso—. Nosotros mismos no habíamos previsto ese éxito. Inicié la subasta por 99 céntimos.

Silvia lee el documento completo y, con aire desconcertado, pregunta al Chamán por cuánto le ha salido la gracia del doble billete al paraíso.

—Si este papel lo imprimiste cuando iba por la sexta puja, y ya estaba la cosa por 45 euros, ¿por cuánto compraste su alma al final? —pregunta achicando los ojos y con las aletas de la nariz levemente enrojecidas.

—Oh, salió aún más barata... Ahora veréis el documento de compraventa. Todo a su tiempo.

—Pero... —ruge Edgardo Negróni—. ¿No es esto una especie de esclavitud, Chamán?

El Chamán se ofende, dice que no, que todo es limpio y justo, y que él jamás vulneraría la voluntad de nadie. Ha habido un intercambio pactado en todos sus supuestos, equitativo y, por supuesto, legal. Lisardo asiente una y otra vez, entorna sus ojillos miopes y se recoloca las gafas. El Chamán muestra entonces el documento de cesión del alma, lo alza en una mano para que todos puedan verlo y después lo lee en voz alta, ceremoniosamente:

«Mediante este documento, Lisardo Lima Fernández hace entrega de su alma completa a Pablo Cruz, alias El Chamán, bajo el consentimiento explícito de ambos.

»Lisardo se compromete a ceder su alma en perfectas condiciones de uso, sin posibilidad de devolución, con absoluto e inequívoco beneplácito eterno.

»Por su parte...»

Uno de los gemelos ha dado un golpe con un periódico doblado sobre la mesa. La niña se sobresalta y lloriquea.

—Pero, ¿qué demonios pasa? —dice el Chamán molesto, alzando los ojos del papel.

—Nada, nada... maté a una mosca que estaba dando la tabarra —contesta el Capiscol en cuestión. El otro ríe por lo bajo, divertido.

—Joder, tíos, ¿es que no os dais cuenta de la importancia de este documento? —el Chamán lo agita sobre su cabeza. Lisardo permanece circunspecto, con la cabeza alzada.

«Por su parte —prosigue—, el Chamán se compromete a asignar el papel protagonista a Lisardo en su película *La nalga*, de inmediata realización.

»No se estipula transacción económica alguna.

»Al finalizar el rodaje de la película, el Chamán quedará libre de su compromiso con Lisardo, pero seguirá reteniendo su alma sine día.

»Este documento se firma de mutuo acuerdo en fecha 14 de noviembre de 2004, con dos testigos presentes y el consentimiento de Dios, al que se le concede posibilidad de existencia».

—Total, que ahora tenemos que firmar y dos de vosotros seréis nuestros testigos —concluye.

Se escucha otra mosca zumbar pesadamente. Los gemelos la miran como gatos en alerta, pero no se atreven a moverse. Gómez Terrero tose, se levanta, se rasca la nuca, pasea por la habitación y todos esperan que diga aquello que le está reconcomiendo.

—Ese documento no puede firmarse —dice finalmente.

—¿Por qué? —preguntan el Chamán y Lisardo.

—Me niego a firmar que *La nalga* sea una película de tu propiedad. Esto es un proyecto común. Nadie dijo que tú fueses su dueño.

—¡Pero se me ocurrió a mí —exclama el Chamán—! ¡Tú ni siquiera estabas aquí entonces!

—Me da igual —insiste Gómez Terrero—. No firmaré ese documento pretencioso. Además, no me gusta este enano —dice señalándolo con la cabeza.

Lisardo agarra con fuerza su bastón y lo mira desafiante.

—No encontraréis mejor actor que yo —se defiende.

—Nadie lo duda, Lisardo —trueno Edgardo Negroni al fondo de la habitación—. Que él no firme el documento si no quiere. Yo voy a ser uno de los testigos; el otro puede ser Silvia, ¿quieres serlo vos, cielo?

Gómez Terrero se marcha enfadado y amenaza con no volver. El Chamán, Lisardo, Silvia y Edgardo Negroni se pasan un bolígrafo con los bordes roídos y firman solemnemente dos copias del documento, una para cada uno de los miembros del contrato. Los Capiscol contemplan la escena en silencio —uno de ellos tiene una mosca posada en la nariz— y sonríen emocionados. Al final todos aplauden y brindan y se dan la mano con cordialidad. Lisardo hace reverencias a unos y a otros. Aquella noche se quedan hablando hasta que el cielo empieza a clarear y la pequeña Capiscola se despierta, lloricona, pidiendo su colacao matutino.

Comienza una época distinta, centrada ahora en Lisardo. Gómez Terrero aparece cada vez menos por allí —Silvia supone que, en parte, es debido a la ausencia de Rosanna y de todas sus carnalidades—, mientras que los Capiscol han iniciado una enigmática vida social que los distrae de sus compromisos con *La nalga*. Lisardo resulta ser un actor disciplinado, tenaz, incansable e histriónico. Al principio el Chamán intenta que actúe sin las gafas, pero Lisardo se va chocando con cada cosa, entrecierra los ojos y muestra un aire vulnerable y ausente. El Chamán termina aceptando su

miopía y solo le pide que, por dios, deje de levantarse las gafas a cada momento. Únicamente han empezado a ensayar dos escenas —el principio y el final de la película— y en ambas Lisardo se deja el pellejo como si hubiese de morir algún día sobre un escenario. Ríe, llora, gesticula y declama absolutamente entregado a las órdenes imprecisas y contradictorias del Chamán.

—Es por nuestro compromiso —se justifica—. En mí no hay vocación de actor. Ya tenemos un papel que desempeñar en la vida. Con eso ya nos basta.

Silvia y Edgardo Negroni hablan de obras concluidas y de suicidios ejemplares mientras el Chamán cruza las piernas en una silla plegable, contempla a Lisardo y toma notas incomprensibles sobre encuadres y planos. A pesar de todas las promesas de Gómez Terrero, todavía no disponen de la cámara. Un día, Edgardo Negroni le pregunta al Chamán qué pasará cuando el rodaje empiece de verdad, dónde van a hacerse los ensayos y las tomas, quién localizará los exteriores, cuántos actores más serán precisos. El Chamán se frota la barbilla y explica que solamente actuará Lisardo y que toda la película puede rodarse en el interior de una nave. Se asoma a la ventana y señala las luces de Construcciones Gálvez como modelo.

—Una nave como esa podría ser un lugar magnífico para *La nalga* —afirma.

—No lo dudo, Chamán —dice Edgardo Negroni—, pero, ¿sabés lo que cuesta alquilar un galpón así?

Se quedan en silencio mirando las luces del polígono. La noche se presenta amenazante y tormentosa. Alguien ha colocado una estrella de navidad sobre un almacén de confecciones y calzado. La estrella tiene estropeadas las luces de una de las puntas y parpadea mutilada e inútil. De pronto todos se sienten extrañamente desolados.

Poco después, una noche de enero, Edgardo Negroni hace su aparición de un humor magnífico. Ha comprado tres cajas de cerveza, dos botellas de vino, otra más de *whisky*, un paquete de *brioche*s, tres sobres de jamón y una bandeja de frutas confitadas. Anuncia grandilocuente que ha cobrado al fin un dinero que estaba esperando de un negocio atrasado y que lo mejor está aún por llegar. Llenan unos vasos añosos y rayados, y brindan a la luz chisporroteante de la bombilla. Los Capiscol, a pesar de su altura, se emborrachan enseguida y ríen como hienas nerviosas, encogiendo los hombros; Lisardo, también a pesar de su altura, se mantiene sobrio y erguido una copa tras otra. Gómez Terrero, que esa noche ha condescendido a pasar por allí, bebe en silencio y con aire despechado, dilatando mucho los agujeros de la nariz con cada sorbo. El Chamán y Silvia intercambian caricias sobre el viejo sofá y la pequeña Capiscola, a su lado, juega con unas marionetas de papel que Lisardo ha fabricado para ella.

Edgardo Negroni se atusa las barbas y anuncia:

—Esta es mi primera decisión: alquilaremos un local para el rodaje. Yo corro con los gastos. No más precariedad. No más incertidumbres.

Todos se levantan, gritan, giran enloquecidos y felices, pero Edgardo Negroni alza una mano y pide silencio.

—Todavía no dije nada de la segunda decisión. Esta va para vos —Edgardo señala con la barbilla a Gómez Terrero, el único que permanece en una esquina, aislado y con la cabeza hundida entre los hombros—. Vos te vas. Te vas ya, ¿me oís?, y no volvés más por acá, nunca más volvés por acá con tu talento ordinario y malpensado.

Gómez Terrero masculla algo, pero resulta inaudible en medio del jaleo que se levanta, gozoso, entre todos los demás.

El Chamán grita que antes de irse debe devolver el anticipo, porque no ha hecho nada útil en todo este tiempo. Edgardo Negroni dice que no se preocupe, que ya se encargará él de que lo devuelva con sus correspondientes intereses. Silvia —un poco ebria— se sube en el sofá, golpea una tapadera de metal con un cucharón de palo y todos cantan *que se vaya, que se vaya, que se vaya, ya, ya, ya*.

Gómez Terrero, apresurado, recoge su maletín y se va de la habitación sin mirar hacia atrás. Tras él, salen todos los demás y le siguen en fila a través del pasillo, coreando el ritmo que Silvia marca. De las demás habitaciones surgen cabecitas indignadas; el bebé llora; dos o tres chinos de menos de diez años se unen a la procesión; el rubicundo profiere maldiciones en una lengua incomprensible. Gómez Terrero avanza más deprisa, sale al recibidor y baja la escalera casi corriendo. Todos permanecen allí, cantando y jaleando, mientras lo ven hacerse cada vez más pequeño en cada planta. Entonces Lisardo se asoma por la barandilla, se balancea y escupe en el hueco de la escalera con puntería inaudita, alcanzando el centro de la cocorota de Gómez Terrero, que lo insulta y se va a toda prisa diciendo que ya se la pagarán, panda de pirados e incul-tos, malnacidos.

El local que propone Edgardo Negroni está en el centro de la ciudad, en la zona de los restaurantes baratos, de los bazares, de los locutorios telefónicos y de las tiendas de ultramarinos. Los jueves hay mercadillo de antigüedades —pueden encontrarse muñecas descabezadas del siglo XIX, tornillos oxidados, cabeceros dorados, figuras de santos de origen incierto—, los sábados mercadillo de alimentos —biológicos, ecológicos, rústicos, sanísimos— y los domingos mercadillo de animales —a

la vista, pájaros, perros, gatos y roedores; a la sombra, criaturas exóticas que sus dueños mantienen ocultas bajo las telas de sus jaulas—. Con tanto mercadillo, el barrio es siempre un bullir de mercancías, de ruidos, de olores y de tratos ocultos.

Edgardo Negroni muestra el local al Chamán, a Silvia y a Lisardo, y todos lo recorren de arriba abajo, ligeramente confundidos. Es un local oscuro y mohoso de unos 40 metros cuadrados, planta en L, techos altos y un cuarto de baño diminuto que dispone de un mugriento plato de ducha. Todo está en bruto, sin adecentar, con los suelos y las paredes de cemento. Un muro manchado de humedad, del que aún cuelga un calendario obsceno de una marca de neumáticos, separa también otra estancia en la que alguien ha dejado una mesa de oficina de chapa, con sus cajones llenos de facturas y albaranes y sellos caducos. No hay más mobiliario y únicamente permanecen allí varias cajas de cartón vacías, de distintos tamaños. Dos ventanales anchos y planos dan a la calle, casi a ras de suelo, y nuestros personajes se asoman desde allí a ver pasar las piernas y los zapatos de los viandantes. Edgardo Negroni mira a sus amigos con gesto ufano y espera una respuesta.

—Bueno... no está mal —se atreve a decir Silvia—. Es amplio, desde luego.

—No te veo muy convencida —dice él.

—No... sí, quiero decir. Me gusta —Silvia asiente exageradamente—. Me gusta. Está ciertamente bien, es justo lo que buscábamos. ¿Qué piensas tú, Chamán? ¿Y tú, Lisardo?

Antes de que ellos contesten, Edgardo Negroni explica que los alquileres están por las nubes, que es lo mejor que ha podido conseguir, que la zona es inmejorable, cerca de todos los negocios y del palpito de la vida, mucho mejor que Construcciones Gálvez y soledad y todo eso, afirma. Luego les hace una propuesta:

—Se vienen todos a vivir acá, y así ahorran el alquiler del departamento del Pobal. Esa plata nos puede servir para el alquiler de la cámara y del estudio de montaje. Nos puede servir para mil cosas, para comida, para cervezas, para algunos vestidos para Silvia.

El Chamán dice que sí. Únicamente tendrían que comprar un colchón y traerse sus cuatro cosas. No es complicado. Silvia mira alrededor con cierto desamparo y pregunta si habrá ratas por allí. Oh, no, por supuesto que no, brama Edgardo Negroni. El local es antiguo, pero digno.

—Mirá las tuberías. Están recién cambiadas. No vas a encontrar ni una sola cucaracha, ya verás.

Silvia cruza y descruza los brazos sin saber dónde colocarlos y entonces Edgardo Negroni vuelve a hablar, rascándose la barba calmadamente:

—Siempre los he ayudado y lo seguiré haciendo. Tener el alojamiento pagado ya es una gran ayuda, ¿no? Bien, lo único que les pido ahora es que Lisardo también se quede con ustedes.

El Chamán y Silvia se miran el uno al otro, y después miran a Lisardo, que sigue apoyado en su bastoncito de madera, erigido y desvalido a un mismo tiempo. Lisardo comienza a hablar con lentitud, promete que llevará una mesita, un armario ropero para Silvia, colchas y sábanas, dos sillas y un sofá.

—Todo lo que tenemos —concluye—. Mi padre murió hace menos de un año. No me dejó dinero. Yo vivía con él. Todo este tiempo mis hermanos han estado reclamando su parte de la casa. Cualquiera día nos echarán a la calle. Hemos de irnos y no tenemos a dónde. No os molestaré. Ensayaremos con más énfasis y más dedicación. Cocinaré para vosotros.

El Chamán se acerca a Lisardo, se agacha frente a él, lo mira unos instantes y después lo acoge entre sus brazos. Silvia

tiembla de conmoción y frío. Edgardo Negróni se aparta de la escena y vuelve a las ventanas, donde mira pasar las piernas torneadas de un grupo de muchachas con medias de colores y zapatos baratos.

La mudanza comienza al día siguiente.